

Philippe Artières, 2019.

*La experiencia escrita. Estudios sobre la cultura escrita contemporánea (1871-1981).*

Buenos Aires: Ampersand. 216 p.

1

La escritura como acto de amor o de resistencia, como recurso de reconocimiento o de subjetivación, como medio de expresión, de denuncia o de clasificación; en definitiva, como instrumento del poder o como estrategia del débil. Estas son algunas de las variables de la cultura escrita que analiza Philippe Artières en el volumen recientemente editado por Ampersand. *La experiencia escrita*, publicado por primera vez en Francia en 2016, se inserta en una doble tradición que abrevia tanto de la historia social de la escritura como de la historia del libro y la lectura. Ambas, deudoras de las transformaciones historiográficas de los años sesenta y setenta, se desarrollaron especialmente a partir de la última década del siglo xx, tal como señala el autor en la introducción.

Situadas en ese contexto, las investigaciones de Artières otorgan un rol protagonista a las prácticas de producción, apropiación y uso de los textos y a su materialidad, a la vez que se ocupan de reconstruir sus sentidos sociales y culturales desde un punto de vista que privilegia la dimensión de lo cotidiano y la relación con el presente. Parte de la originalidad del trabajo del historiador francés reside en su recuperación para abordar la cultura escrita contemporánea de las herramientas conceptuales y de los interrogantes teóricos formulados por Michel Foucault. Los vínculos entre saber y poder constituyen, en-

tonces, el eje en torno del cual se organizan los artículos, aparentemente heterogéneos, que componen la obra.

En efecto, *La experiencia...* se estructura en diez capítulos, realizados y publicados por el autor durante los últimos veinte años, donde se examinan distintos “momentos de escritura” con miras a construir una historia discontinua que permita aislar ciertas escenas y ponerlas en diálogo con otras más recientes. De esta manera, se propone una suerte de montaje de objetos inscriptos en distintas coordenadas espacio-temporales pero anudados en torno un problema común: las formas y funciones de las prácticas de escritura “ordinaria” –es decir, domésticas, profesionales o personales– en determinados dispositivos sociales.

La larga extensión temporal del período comprendido entre 1871 y 1981 entraña una dificultad metodológica que el autor enuncia de manera explícita: la necesidad de restituir contextos históricos distantes y encontrar en ellos los puntos de conexión o de continuidad. Es imposible soslayar el carácter político de este modo de organizar los textos que concreta la noción de historia del presente sostenida por el mismo Foucault, según la cual son las preguntas contemporáneas las que orientan las indagaciones sobre el pasado. Ocuparse de la “gente común” y de sus experiencias supone, asimismo, in-

convenientes relativos a la conservación de los documentos y a la disponibilidad de los archivos. Esto justifica las reflexiones metodológicas que, al igual que las consideraciones teóricas, se entremezclan con el análisis temático específico en cada uno de los apartados.

De manera general, pueden identificarse al menos dos partes en el interior del libro: la primera dedicada a experiencias puntuales de escritura y la segunda, compuesta por sólo tres artículos, que propone una aproximación a distintos modos de representar la escritura. Los cinco textos iniciales, a su vez, se ocupan de examinar formas personales de lo escrito, como los diarios, las autobiografías y las cartas, producidas en contextos de encierro o, al menos, bajo regímenes de coacción impuestos por instituciones o figuras de autoridad. Artières otorga así a las prácticas de escritura funciones tanto de disciplinamiento y de vigilancia como de subjetivación y afirmación de la identidad individual o grupal, colocándose críticamente ante quienes denuncian la ubicuidad inmovilizante de la concepción foucaultiana del poder.

El capítulo uno examina, así, la autobiografía del lionés Émile Nougier, encarcelado en 1899 en la prisión Saint-Paul, como un dispositivo de “escritura obligada” encargado por el médico legal Alexandre Lacassagne. La confrontación entre este texto y el diario de Nougier permite a Artières evaluar los efectos de la relación entre el presidiario y el médico, rastreando en el primero tanto las huellas de las experiencias lectoras del lionés y las expectativas que atribuía a su destinatario como las discursividades sociales que

circulaban en la época. A su vez, la narración devela las estrategias desplegadas por el prisionero para apropiarse de este dispositivo, transgrediendo las limitaciones impuestas para “decir su verdad”.

La experiencia de la prisión marca también a la protagonista del segundo capítulo, Vera Figner, una de las líderes de la agrupación revolucionaria rusa *Naròdnaya Volia*, que en 1884 fue encarcelada en la fortaleza Schlûsserbourg, donde permaneció hasta 1904. La investigación se centra en los textos redactados luego de su liberación, en los que recogió tanto su historia individual como la de otros presos políticos. Su autobiografía, publicada después de la Revolución de 1917, adquirió, entonces, un carácter colectivo y militante al presentarse como memoria de la represión política y como denuncia de las condiciones de las prisiones durante el zarismo. A su vez, asumió una función económica, como medio de financiamiento de la lucha, y personal, como estrategia de recuperación de una identidad negada en el encierro, de supervivencia y de posicionamiento en el movimiento revolucionario contemporáneo.

En “El sexo, negro sobre blanco”, Artières vuelve a abordar el tema de la medicalización de la escritura planteada a propósito de Nougier y objeto de su tesis doctoral. Nuevamente, se trata de concebirla como una herramienta de lo disciplinario que, en el marco de la investigación científica, compelió a los hombres de fines del siglo XIX y principios del XX a (ex)poner por escrito sus prácticas y deseos homosexuales. Mediante un salto temporal, el historiador señala la continuidad de estas formas de producción

del saber sobre el sexo como instrumento metodológico naturalizado de la medicina contemporánea en el contexto de la epidemia de SIDA y del desarrollo de una sociología de la salud.

La autobiografía de Francisco de Orleans, publicada en 1894, ofrece un ejemplo diferente de “redacción impuesta” que resulta finalmente apropiada por su autor. Desde muy joven, éste se incorporó a la Marina y se vio conminado a contar sus travesías y observaciones de viaje como medio de sometimiento a la vigilancia familiar. Lejos de la expresión íntima, los textos autobiográficos de Francisco se inscribían en una doble tradición –la del diario de a bordo y la del diario del príncipe–, cuyos principales objetivos eran el registro y la recopilación de datos. Con el transcurso de los años, sin embargo, esta práctica inicialmente obligada se tornó un espacio de creatividad y de ejercicio etnográfico para el protagonista mediante la incorporación de la pintura como complemento esencial del texto.

La construcción de la subjetividad es uno de los ejes escogidos, asimismo, para analizar las cartas que Solange Pierson escribió a su hijo Víctor entre 1946 y 1947, mientras estuvo encarcelado en la prisión parisina de La Santé. Este quinto capítulo asume el punto de vista de quienes permanecen en el exterior durante estas situaciones de encierro. Para esta mujer, el intercambio epistolar se erigió como un acto de amor, pero también como una oportunidad para familiarizarse con la escritura y afirmarse como individuo a partir de la elaboración de un relato sobre sí misma. Junto a esta afirmación subjetiva, la dimensión disciplinaria de la escritura

continuaba funcionando paralelamente en la correspondencia donde la madre ejercía un trabajo de normativa impartida desde el cariño.

Los capítulos seis y siete analizan prácticas sociales de escritura ligadas, respectivamente, a la expansión de la sociedad de control y de la vigilancia a fines del siglo XIX y a la edificación de una memoria de la resistencia polaca al régimen comunista a principios de la década de 1980. Los anónimos de denuncia enviados a los poderes públicos, especialmente parisinos, entre 1860 y 1920, permiten reconstruir el trayecto que culminó en la formación de un “panóptico gráfico” mediante la apropiación de los mecanismos de la carta anónima contestataria para utilizarlos como medios de vigilancia regular. En contrapartida, la recomposición de los sistemas de comunicación clandestinos organizados por el sindicato Solidarność desde la cárcel, durante la Ley Marcial en Polonia, supuso un recorrido inverso según el cual las herramientas y las estructuras oficiales de la escritura postal fueron reconquistadas para sostener la lucha antitotalitaria y elaborar un pasado común que afirmara una identidad militante dentro y fuera del país.

Sin abandonar los problemas planteados previamente, los tres últimos ensayos del libro se ocupan de analizar diversas formas de representación de lo escrito. En “La letra luminosa”, Artières recorre la obra de Patrick Mondiano para rastrear en ella los signos gráficos expuestos en el espacio urbano de París. Metáfora de la vida cotidiana de la modernidad y de la intermitencia de la escritura para la configuración de la memoria, el cartel lumi-

noso adquiere un rol protagónico en este “archivo sensible de la ciudad” que habilita una aproximación social a la cultura escrita contemporánea. En el caso de la imagen de Edgar Degas que ocupa el capítulo nueve, la representación del mundo gráfico es visual e irrumpe en un retrato familiar colectivo del pintor, que es también testimonio del ascenso de la burguesía comercial algodonera. En el contexto de la crisis de 1873 y del problema racial que atraviesan los Estados Unidos, Degas dio cuenta de la generalización de la escritura como acto profesional mediante la plasmación los dispositivos escriturarios de regulación y de administración de la empresa y de las acciones que ellos entrañaban. Inscripción y clasificación, si no cálculo, son funciones que los escritos de oficina comparten con sus usos archivísticos. Así lo demuestra el último apartado, “Escribir el propio monumento”, donde el historiador francés rescata la figura del profesor de filosofía francés Georges Hérelle, quien consagró gran parte de su vida

en el último cuarto del 1900 a conformar, inventariar y sistematizar una colección de documentos personales y sobre el amor griego que dejó como legado a la biblioteca de Troyes luego de su muerte. El archivo aparece conceptualizado aquí como monumento personal pero, sobre todo, como acto de escritura y de creación literaria en sí mismo que, mediante técnicas específicas, cristaliza los sentidos que el investigador otorga al conjunto.

La importancia que estos últimos ensayos conceden a los objetos como vía de acceso a la cultura escrita aparece confirmada en la conclusión del volumen que, más que una síntesis de los aportes principales de los ensayos anteriores, constituye una suerte de descripción literario-propositiva. La pequeña antología de utensilios de la cultura gráfica del siglo xx abre, de hecho, nuevas vías de investigación al demostrar la imbricación de los aspectos materiales, culturales y sociales de la escritura, así como su transformación de acuerdo a las exigencias contemporáneas.

*María de las Nieves Agesta*

Universidad Nacional del Sur / CONICET